

Julio 2023

La Curuja

Revista Cultural Independiente · N° 29 · Segunda época





El autor de la portada de esta edición es **Jesús Madero**, natural de Herencia (Castilla-La Mancha).

Jesús es un excelente fotógrafo y un amante de la naturaleza, de los paisajes bercianos, en concreto de Noceda del Bierzo, donde reside desde hace años.

EDITA: COLECTIVO CULTURAL "LA IGUIADA"
COORDINADOR: MANUEL CUENYA
FOTO DE PORTADA: JESÚS MADERO
ISSN: 2530-2051
DEPÓSITO LEGAL: LE-760-2009

Índice

Luis Segura	
Al lagar	4
Al molino de Lera	4
A la ermita del santo Cristo de la Cabaña	5
Jovino Andina	
Apuntes para la historia de la luz eléctrica en Noceda	6
Benjamín Arias Barredo	
El privilegiado Valle de Noceda y sus familias numerosas mineras	16
María Cruz Álvarez Duández	
Cuando el amor no se elige	19
Manuel Cuenya	
La palabra poética en el útero de Gistredo	24
Margarita Álvarez Rodríguez	
Memoria de un pozo	26
Pepe Álvarez González	
Quintana de Fuseros un pueblo singular	28
Néstor D. Reyna Rondón	
Décimas para El Bierzo	35

Luis Segura

QUINTANA DE FUSEROS

Licenciado en Filosofía y Magisterio en Educación Especial por la Universidad de Salamanca. En la actualidad trabaja en Educación Especial en León.



Fotos: Segura

Al molino de Lera

El que hizo del grano harina;
pan para el *ganao* y hombres
siempre con quehaceres.

El que sintió pasar los rebaños
y niños con los deberes.

Al que le llegan voces
del Humeral, tuyo y mío.

Al que le queda en lo íntimo
el ritmo que marcó el rodeno
y la melodía del río.



Al lagar

Desde hace ya muchos años
vives en quieto letargo,
rumiando el sabor amargo
que dejan *bujos* resacaños.

Atrás dejaste profesión.
Fue cosa de tus vecinos
que en vez de pisar racimos
pasaras a exhibición.

Están en *poulo* las cepas,
casi no quedan talegas,
pocas pipas en bodegas,
poco jarro, algunas copas.

Tu tranquilo estar destaco.
No te preocupe el destino.
Siempre se ha de beber vino,
¡Para más gloria de Baco!



A la ermita del Santo Cristo de la Cabaña

Tiene la ermita en su pórtico
secretos de lo callado.
Tiene el Cristo silencios
de lo dicho y suplicado.

Tiene entre paredes viejas
plegarias y penitencias.
Tiene el cementerio anexo
cuerpos ya sin convivencia.

Tiene vistas al Toral,
a linajes que son huertos,
a Llamagunda y tres casas,
y hacia atrás, a los muertos.

Tiene campana que al alba
en el día de la Cruz,
llama filas de ofrecidos
con manos que traen luz.

Y tú tiene tu mortaja,
señal de resignación,
y vienes para que tenga
el Santo Cristo procesión

Apuntes para la historia de la luz eléctrica en Noceda

Jovino Andina



Jovino Andina. Foto: Cuenya

Profesor, investigador, escritor nacido en Taramundi. Vive en Bembibre desde hace más de cincuenta años.

Se cumplieron 101 años, este mes de junio, del inicio de los trámites por Carlos Cabeza Travieso (en la mayoría de los documentos consultados figura el apellido Cabeza y en otros, Cabezas), vecino de Noceda, para instalar una central eléctrica en el molino que tenía en el sitio de *El Mouro*, desde la que proyectaba producir y suministrar fluido eléc-

trico al vecindario de los tres barrios de su pueblo. Un proyecto que tardó varios años en materializarse, pero que merece ser recordado, pues si bien se trataba de una fábrica modesta, y de ámbito meramente local, supuso que se hiciera realidad un adelanto tan importante y deseado en aquellos tiempos como era la instalación del alumbrado eléctrico. Y aunque en la práctica se limitase a una simple bombilla en las casas que la pusieron, fue el primero de los grandes inventos que se hizo presente en Noceda, anticipándose incluso a la llegada del automóvil y, por supuesto, del teléfono. Un adelanto que, andando el tiempo, acabaría arrinconando los *aguzos*, las velas y candiles con que los nocedenses se habían alumbrado desde siempre. Y, de alguna manera, una antorcha simbólica de modernidad y futuro.

La historia de la luz eléctrica en España empieza en 1874, cuando la Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona importó una máquina *Gramme* para hacer experimentos eléctricos en su laboratorio de física. Ingenio que



Casa y fábrica de luz de Marcelino Otero en *El Mouro* (cortesía de Elsa de la Calzada); y recibo de *Explotaciones Hidroeléctricas del Sil* al Ayuntamiento de Noceda (junio de 1942. Fuente, AMN).

se vio complementado en 1879 con la bombilla incandescente construida por Thomas A. Edison. Dos inventos que evolucionaron con extraordinaria rapidez, cambiando por completo las formas de iluminación que había hasta entonces; al tiempo que nacía una nueva y pujante industria que siglo y medio después se muestra más innovadora y dinámica que nunca en sus múltiples ramificaciones.

Así, Barcelona (1881), Madrid (1882) y Valencia (1882) fueron las tres capitales españolas que antes dispusieron de luz eléctrica, mientras que León hubo de esperar todavía a 1888 o 1889, tras la constitución de la *Sociedad Electricista de León* que construyó una central movida con turbinas a vapor en la calle Independencia, justamente en el solar que ocupa el edificio del Teatro Empeador, actualmente cerrado.

Si nos fijamos en la comarca del Bierzo, Villafranca fue la pionera gra-

cias a la *Sociedad Electricista de Villafranca* fundada en 1890 por Jesús Adran Botana y otros veintitantos socios, que pusieron en marcha la primera planta hidroeléctrica de la provincia. Y dos años más tarde ocurría otro tanto en Ponferrada, donde se constituyó la *Sociedad Gómez y Compañía* (1892), que instalaría para ello las máquinas necesarias en un molino harinero existente en la margen izquierda del río Sil.

En cuanto al Bierzo Alto, que desde febrero de 1882 disfrutaba del medio de transporte más moderno de entonces, el tren de vapor, aún tuvo que esperar casi una veintena de años hasta que el ingeniero industrial inglés Mr. Frederick James Robinson (aquí conocido como Federico Robinsón) y sus socios, Natividad Rodríguez y Ramiro Gago, inauguraron el sábado 28 de enero de 1911 la primera fábrica que dio luz eléctrica a Bembibre, instalada en un molino situado en terrenos de Vitoria, que

estaba movido por aguas del río Boeza. Si bien, un tiempo antes la sociedad *Rodríguez Crespo y Compañía* había construido una central entre las localidades de Boeza y Folgoso de la Ribera para dar corriente eléctrica a Astorga, y también a Folgoso como contraprestación por estar edificada en terrenos de su término municipal.

Tras este importante paso, al que siguió un paréntesis de varios años durante los cuales se fueron gestando un puñado de proyectos promovidos por pequeños emprendedores locales, que soñaban con dotar a sus pueblos del más moderno medio de iluminación, la mayoría de las veces aprovechando las infraestructuras de molinos ya existentes, en 1919 se presentaron nada menos que cuatro solicitudes para montar otras tantas fábricas hidroeléctricas en la zona. Una en el río Tremor, a su paso por Torre del Bierzo, promovida por Nicasio

La central eléctrica de Carlos Cabeza

Por lo que se refiere a Noceda, como ya se dijo al principio, la información de la que disponemos nos remite al mes de junio de 1922, cuando el industrial y vecino del pueblo, Carlos Cabeza Travieso (Noceda, 1879 – León, 1962?), popularmente conocido como *Carlones*, inicia los trámites para montar una central eléctrica movida con fuerza hidráulica en el molino que tenía en el

Nazábal para dar luz a esta localidad y a Santa Marina de Torre. Y tres más en el río Boeza: la de Juan Antonio Panizo para alumbrar a Albares de la Ribera; la de Jovino y Rogelio Núñez, aguas abajo de Bembibre, para surtir a Matachana, San Román de Bembibre, barrio de la Estación de Bembibre y, años más tarde, también a Villaverde de los Cestos, donde el molino y generador de Gabriel Mansilla y Pura Insunza había sido destruido por una riada; y un trecho más abajo, la de Ceferino Álvarez, para dar servicio al pueblo de Almazcara.

Concluía así un año de horizontes ciertamente prometedores que tuvo continuidad en 1920 con otra nueva solicitud, la de Emilio Barba para instalar una dinamo de corriente continua en su molino de la Ribera de Folgoso, asimismo en el río Boeza, y que suministraría alumbrado y fuerza motriz a este lugar.

sitio de *El Mouro*, desde la que proyectaba suministrar fluido para alumbrado público y particular al vecindario de los tres barrios de Noceda: Río, San Pedro y Vega. Para ello, se proponía desviar del cauce *del Pueblo*, alimentado por aguas del río Noceda (en la documentación figura también como río Arlanza), el caudal reconcentrado de los cinco molinos que poseía en la zona, y que daría

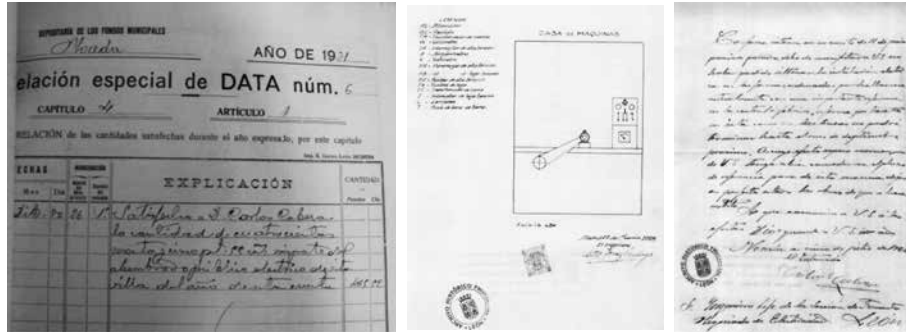
una fuerza de 28 caballos capaz para accionar el molino harinero, el aserradero de maderas (de sierra circular) y la fábrica de luz que quería poner en marcha. Fábrica que, según el proyecto redactado por el ingeniero industrial Félix Gómez Verdugo (el mismo que dos años antes había firmado también el de Nicasio Nazábal, de Torre del Bierzo), estaría equipada, además de la turbina correspondiente, con un alternador de fabricación española de 10 kVA de potencia que produciría corriente bifásica a 120 voltios de tensión, frecuencia de 50 periodos por segundo y 1.500 r. p. m., con el que daría luz a los vecinos de Noceda que lo solicitasen, y que entonces tenía una población que andaba por 970 habitantes. La de todo el municipio ascendía a 1.900 (Generalmente estas centrales montadas en los molinos daban fluido únicamente por la noche, sobre todo en tiempo de verano debido a la escasez de agua).

Esta corriente a baja tensión se elevaría a 3.000 voltios mediante un transformador ubicado en la central, de la que partiría la línea aérea de transporte formada por hilos de 2 mm de diámetro amarrados por medio de aisladores a postes de castaño bravo, separados entre sí 40 o 50 metros, y que seguiría un trazado rectilíneo hasta el extremo opuesto del pueblo, dejando a la izquierda los tres barrios que lo for-



Marcelino Otero y su mujer Elisa Alvedro.
Cortesía de Elsa de la Calzada

man, en cada uno de los cuales habría otro transformador reductor de 3.000 a 120 voltios. A su vez, desde cada uno de estos transformadores partirían las redes de distribución para las calles del barrio, sujetando los cables a palomillas empotradas en las fachadas de las casas o en postes; instalando además fusibles en las bifurcaciones y cruces para localizar más fácilmente las averías en caso de producirse. Abundando en el tema de la seguridad, recoge también el proyecto que el tendido debería estar como mínimo a una altura de 6 metros en los cruces con los caminos, evitando de esta forma que los carros cargados chocasen con los hilos. Por otra parte, el Ayuntamiento había autorizado, con fecha 22 de octubre de ese año, la fijación de postes y del tendido tanto de alta como de baja tensión sobre la vía pública, bajo la advertencia de no interrumpir el servicio de la misma y de resarcir los daños y perjuicios que la industria pudiese causar.



Central de Carlos Cabeza. Casa de máquinas. Fuente, AHPL. 7871.I; Escrito de Carlos Cabeza dirigido al Negociado de Electricidad en 1926. Fuente, AHPL. 7871.I; Importe satisfecho a Carlos Cabeza, por el Ayuntamiento de Noceda, correspondiente a alumbrado público del año 1931. Fuente, AMN

Un apartado de la memoria, muy de actualidad por los elevados precios que ha alcanzado la energía eléctrica de un tiempo para acá, se refiere a las tarifas que habrían de pagar los usuarios, fijadas en función del número de lámparas que hubiese en cada casa y su potencia, pues no existían contadores como ahora, lo que provocaba algún caso de picaresca. Así, lo normal es que en cada hogar se instalase una bombilla, o como mucho dos o tres las familias más pudientes, bombilla que solía ponerse en la cocina, utilizándola también para alumbrar el pasillo o el cuarto principal al estar provista de un cable largo que permitía llevarla de un lugar a otro, incluso del piso de arriba al de abajo a través de una pequeña abertura hecha en el tabique divisorio o en el piso. En todo caso, el precio estipulado por cada lámpara de 10 bujías era de 2 pesetas al mes, las de 16 bujías pagaban 2,60 pesetas y

las de 25 bujías, 3,50 pesetas. Unos precios similares a los que regían en otras localidades del contorno, y que coincidían con los de La Ribera de Folgoso, Albares de la Ribera o La Granja de San Vicente.

A modo de curiosidad, recogemos asimismo algunos datos tomados del presupuesto general de la obra, que ascendía a un total de 20.925 pesetas (126 euros, en números redondos), una cantidad que hoy parece insignificante, pero que entonces era una cifra relevante; siendo el importe previsto para el alternador bifásico, 3.000 pesetas; el de cada transformador bifásico, 500 pesetas; y las 4 casetas o garitas de transformación, 600 pesetas. En cuanto al tendido de las líneas de transporte, se calculaba emplear unos 115 postes de castaño bravo de 9 metros de altura, que valían a 15 pesetas cada uno; además de 5.500 metros de línea de hierro galvanizado que ascendían,

con sus accesorios, a 2.750 pesetas; y otras 4.000 pesetas para las redes de distribución de los tres barrios, en este caso en hilo de cobre.

Así las cosas, y tras los largos trámites que llevaban consigo este tipo de obras, el Boletín Oficial de la provincia publicó el 21 de marzo de 1924 la concesión del permiso para instalar la central, considerando que era “un deber de la Administración favorecer el establecimiento de industrias que, como la presente, han de contribuir al adelanto y progreso de los pueblos y fomento de la riqueza pública”, boletín en el que se fijaba un plazo de dos años para su finalización. Y que según parece no pudo cumplirse, pues el 5 de julio de 1926 Carlos Cabeza remitió un escrito a la sección de Fomento de León donde manifestaba “no haber podido ultimar la instalación eléctrica en las formas ordenadas, por hallarme actualmente con una importante reforma en la central o fábrica como en las líneas, que no podré terminar hasta el mes de septiembre próximo”; solicitando se le concediese la prórroga oportuna “para de esta manera dejar en perfecto estado las obras”. De lo cual se deduce que

debió ser a partir de esa fecha cuando empezó por fin a funcionar.

Una central pequeña, pero que hizo posible que en las casas de Noceda luciesen por vez primera las bombillas incandescentes y también el alumbrado público en las calles. Y aunque desconocemos el número de vecinos que pusieron la luz, así como el de bombillas que había distribuidas por el pueblo, y los lugares donde estaban emplazadas, sí consta en la documentación pertinente que, con fecha 30 de diciembre de 1931, el Ayuntamiento abonó a Carlos Cabeza la cantidad de 465,52 pesetas por el servicio de “alumbrado público eléctrico de la villa” correspondiente a dicho año.

En todo caso, esta primera fábrica de luz tuvo un recorrido relativamente corto, pues, tal como figura en un documento, fue “reducida a cenizas” a causa de un incendio producido en diciembre de 1936; al igual que ocurrió, entre otras, con las de Albares de la Ribera e Igüeña. Tristes tiempos aquellos. Y es que las centrales eléctricas siempre han sido, y siguen siendo, desgraciadamente, un objetivo de destrucción en tiempos de guerra, como estamos viendo ahora en Ucrania.

De Explotaciones Hidroeléctricas del Sil a la ELSA

Tras el largo y difícil periodo de la contienda, en que los nocedenses regresaron repentinamente a la primitiva luz

de los aguzos y candiles, a principios de los cuarenta la S. A. Explotaciones Hidroeléctricas del Sil (empresa que desde

1921 era la concesionaria del alumbrado público de Ponferrada) proyectó, según el Boletín Oficial de la provincia del 11 de septiembre de 1941, la construcción de una línea eléctrica en alta tensión desde Bembibre hasta el barrio de Río, en Noceda, línea que pasaba próxima a los pueblos de Viñales y Arlanza, y desde cuya terminal se acometió la nueva electrificación de Noceda. Una obra que se hizo con celeridad, pues con fecha 31 de enero de 1942 la citada compañía (que fue absorbida ese año por *Fuerzas Motrices del Valle del Luna*, y esta dio origen al año siguiente a *Eléctricas Leonesas, S. A.*, más conocida por el acrónimo ELSA) pasó ya un recibo de 5,20 pesetas al Ayuntamiento por su-

La central eléctrica de Marcelino Otero

Por otra parte, un nuevo emprendedor, Marcelino Otero Casado (Villar de las Traviesas, 1896 – Noceda, 1970), que había sido emigrante a Nueva York y a su regreso compró un camión con ruedas macizas que le requisaron cuando la Guerra Civil, dedicándose un tiempo también al transporte de pescado desde La Coruña a Madrid, decide retornar y establecerse en Noceda poniendo un molino, un aserradero de madera y una fábrica de luz eléctrica en *El Mouro* (algo más abajo del sitio donde había estado la de Carlos Cabeza), para dar este servicio a los pueblos de San Justo de Cabanillas,

ministro eléctrico relativo a dicho mes; ascendiendo el total del año a 63,70 pesetas. Dos décadas después, la factura municipal había experimentado, como es lógico, un notable incremento, según se desprende del convenio pactado con la compañía ELSA, a la que se le abonaron 1.500 pesetas por el alumbrado público de Noceda y Cabanillas referido al año 1960.

Además, ese mismo año el Ayuntamiento satisfizo 900 pesetas a Marcelino Otero, según lo convenido en el contrato, por el fluido eléctrico público de Robledo y San Justo; gastando a su vez otras 1.022,40 pesetas en bombillas para alumbrado público, adquiridas en los Almacenes Villarejo de Bembibre.

Robledo de las Traviesas (con sus barrios de Villaverde, Berciego, Trasmundo y Robledo), y Villar de las Traviesas (del Ayuntamiento de Toreno), que al principio de los cuarenta sumaban casi 1.000 habitantes, incluido asimismo Villar; frente a los 984 que alcanzaba la villa de Noceda.

Para ello, a finales de marzo de 1939 inicia los trámites ante la División Hidrográfica del Norte de España, solicitando la concesión de 200 litros de agua por segundo, derivados del río Noceda. Solicitud que se amplía con otra posterior en la que se describe las

características de la presa que planeaba construir en el punto denominado *La Costrolla*, que tendría una altura de 1,30 metros sobre el lecho del río; arrancando desde su lado derecho un canal de 1,60 metros de ancho, 60 centímetros de profundidad y una longitud de 899 metros, que desembocaría en la cámara de carga situada encima de la central. Desde esta cámara, de planta cuadrada y unos 20 metros cúbicos de capacidad, saldría una tubería de presión de 40 cm de diámetro hasta la casa de máquinas proyectada al borde del camino, por debajo del cual pasaría el desagüe hacia el río. Lo que suponía un salto bruto de 36 metros entre el nivel de coronación de la presa y este punto. Dicha casa de máquinas estaba en el bajo del edificio que se conserva enfrente de la actual piscifactoría *O Mouro*, en la parte de arriba del camino.

Después de una tramitación que duró casi tres años, el Boletín Oficial de la provincia publicó el 12 de febrero de 1942 la autorización oportuna para derivar el caudal solicitado y producir fuerza motriz con el fin ya señalado (molino harinero, serrería mecánica y producción de energía eléctrica); obras que deberían realizarse con arreglo al proyecto firmado por el ingeniero de caminos Vicente Luaces, y para las cuales se fijaba un plazo de 18 meses hasta mediados de agosto de 1943, fecha en

torno a la cual, según nos dijeron, pudo ser cuando empezó a funcionar la nueva fábrica. En cuanto a su equipamiento, del que no hemos encontrado documentación, parece ser que estaba dotada con una turbina del tipo Francis y un alternador de 125 voltios de tensión, además del cuadro de control hecho en las instalaciones de J. Hernández de Vivero (Lugo), transformador para elevar el fluido a alta tensión y demás elementos precisos. Añadir, por otra parte, que el aserradero tenía una sierra de cinta para madera y carro de garras, siendo entonces la tarifa de trabajo para el público de 7 pesetas por hora; y en el caso del molino, equipado con dos pares de piedras, se pagaba el 5 por 100 del grano molturado, quedando prohibida la maquila de trigo.

Andando el tiempo, su dueño trasladó la sierra a la parte exterior derecha del edificio, que ahora está cubierta, instalando también allí una turbina marca *Corcho Hijos*, fabricada en Santander con patente *Mirapeix* (que según nos comentaron la actual propiedad, habría pertenecido en su momento a la central de Carlos Cabeza), y otra de la misma marca, pero más pequeña, adquirida de segunda mano en Vivero y que accionaba una dinamo; siendo la primera turbina la que se acopló más tarde a un alternador marca *Mawdsley's*, de fabricación inglesa, de 225 voltios de

tensión, 23 kVA de potencia y 1.000 r. p. m., todavía en servicio. En todo caso, este alternador es posterior -nos dicen- utilizado cuando se daba fluido a los abonados, y que ya no existe.

En lo que se refiere a las líneas de transporte, se realizaba en alta tensión desde el transformador existente a la salida de la central hasta cada uno de los pueblos, en los que había otro transformador reductor a 125 voltios, que era la tensión de acometida a las casas; disponiendo la empresa de cinco transformadores en funcionamiento, más uno de repuesto. Y de los que se conserva todavía la caseta, en ruinas, del situado en la Chana de las Traviesas, en la parte izquierda de la carretera que va de Noceda a Toreno.

Un vecino de San Justo de Cabanillas recuerda que cuando se puso la línea desde Noceda hasta allí, cada casa aportó dos postes de roble para el tendido, cortados en la dehesa del pueblo; señalando asimismo que el transformador estaba al lado de la iglesia y que en su casa tenían tres bombillas de 25 vatios cada una. Casi lo mismo nos refieren en las Traviesas, donde además de haber aportado también los postes de roble y castaño para la línea, recuerdan que cuando se construyó el embalse y el canal para la central, fueron varios los vecinos de Villar que iban a trabajar y acarrear materiales para la obra,



Estado actual de la caseta transformador de Marcelino Otero, en la Chana de las Traviesas. Foto JAY

dado que el promotor de la fábrica era de esta localidad a la que luego daría suministro eléctrico.

Esta central con sus líneas de cobre y demás equipamiento, junto con la casa, el molino y el aserradero, fue vendida por Marcelino Otero, en dos fases, 1963 y 1964, a Manuel Vega Travieso, conocido como *El Mutilado* por haber sido herido en la Guerra Civil, quien continuó dando fluido a los abonados durante algún tiempo. Siendo después la compañía ELSA la que se fue haciendo con el servicio de toda la zona, tanto de las Traviesas como de San Justo, al disponer ya de una línea de 10.000 voltios hasta la caseta de transformación construida en Cabanillas de San Justo, según recoge el Boletín Oficial de la provincia de fecha 12 de diciembre de 1960.

Esta es, en resumen, la historia de las dos fábricas de luz que tuvo Noceda en su día, fruto del compromiso de dos emprendedores locales con su pueblo y con el progreso. Dos fábricas pequeñas, tanto por el tamaño como por la potencia, pero que pusieron los cimientos para que en Noceda y su municipio se obrase por primera vez el prodigio de la electricidad, aunque fuese con lámparas de poca luminosidad, como eran entonces, pero que suponían un paso decisivo hacia la modernidad. A veces, ensombrecido por los apagones que se producían cuando llegaba la caída de la hoja que atrancaba las rejillas de la turbina, las rachas de viento o la nieve que ocasionaban cortocircuitos en los cables del tendido, o las averías de cualquier tipo; incidencias que ocurrían en la mayoría de las centrales, dado que se trataba de instalaciones lógicamente modestas vistas con los ojos de hoy.

Como testimonio de aquella época, se mantiene todavía, aunque con notable deterioro, la estructura hidráulica de la segunda fábrica, además de las dos turbinas y el generador, que con el paso del tiempo se ha convertido en una reliquia de arqueología industrial. Y por ello, merecedora de ser conservada y puesta en valor, tanto como recurso didáctico para escolares y estudiantes, como también turístico, al igual que ocurre, por ejemplo, con el Conjunto



Turbina marca Corcho e Hijos, patente Mirapeix. Cortesía de Dionisio Vega y Merche García. Foto JAY

Etnográfico de Teixois y el Museo de los Molinos de Taramundi, en el occidente de Asturias. Y por ser, además, la única planta de luz de la primera generación de centrales hidroeléctricas que aún funciona en el Bierzo Alto, aunque sea únicamente para uso propio.

Finalmente, expresar mi gratitud a los funcionarios del Archivo Histórico Provincial de León, al Ayuntamiento de Noceda en la persona de su alcalde Manuel Gómez Arias, así como a Isidro Cabezas Núñez, Elsa de la Calzada Otero, Dionisio Vega Travieso, Merche García Moreno, Avelino Álvarez Álvarez, Nanci de Paz Fernández y Corsino Arias Arias, por la documentación, fotografías y demás información que me facilitaron para la redacción de este artículo. Agradecimiento extensivo a La Curuja y a su coordinador Manuel Cuenya, por acogerlo en sus páginas.

El privilegiado Valle de Noceda y sus familias numerosas mineras

Benjamín Arias Barredo

Noceda del Bierzo ha tenido el privilegio de venir al mundo entre grandes valles, sierras, montañas y montes, así como de una gran y fértil extensión de terreno de regadío y paramo.

Recuerdo, desde muy niño, ver a aquellas mujeres y hombres recios, austeros y muy laboriosos que, además de ir a la mina, también trabajaban muy duro labrando y sembrando las huertas o segando la hierba y los cereales de los prados y tierras -además de otras cuantas labores sin descanso- para el sustento del abundante ganado y de sus familias muy numerosas. También de ver construir sus casas hechas de piedra y barro con vigas de madera de chopo y pilares de castaño -todo hecho a mano-, con esa generosidad y hermandad entre vecinos que, una vez terminada la jornada de trabajo, se volcaban en ayudarse unos a otros. Estas casas eran el sueño de los recién casados para vivir en la primera planta y los animales en el bajo. ¡Y ahí siguen en pie y restauradas porque tienen un gran atractivo y un valor añadido!

Pero sobre todo, guardo en mi memoria, aquella impresión con imágenes y recuerdos de mineros llegando a sus casas teñidos del negro polvo del grisú. También de un sonido lento *ding-dong* que emitían las campanas de la iglesia doblando a muerto a media tarde (percibiendo con aquel eco un misterioso silencio sepulcral) por la desgraciada pérdida de alguno de ellos -aun siendo jóvenes- debido a la silicosis, al desprendimiento de algún costero u otras causas similares. Luego, en la noche, se acompañaba a la familia en su domicilio para velar al difunto amortajado de cuerpo presente (era como un deber asistir ya que en esas fechas no había tanatorios) y, de regreso a casa (pongo mi ejemplo), acompañado de mi padre, madre o algún hermano mayor pasaba miedo por si en el trayecto aparecía el muerto en cualquier esquina. Esa noche era difícil conciliar el sueño. ¡Fue algo que quedó grabado en mi memoria!

En esa época hubo varias familias muy numerosas en las que algunos de



Familia de Antonino de Abelardo

sus miembros coincidieron trabajando juntos en la mina. En el barrio de Vega pasó con la familia de Pardín: Tomás, Luis, Primitivo y Floro; la familia de Mateguines: Antonio, Benito, Pepe, Avelino y Ángel; la familia de Paulino: Feliciano, Miguel, Ernesto, Mariano, Manolo, Alberto y Paulino hijo; la familia de Antonino de Velardo: Antonino padre, Vito, Edelmiro, Antolín, Paco, Pepe y Tomás. En el barrio de San Pedro la familia de Tejón: Bienvenido, Secundino, Daniel, Pedro y Pepe; la familia de Rosario: Santiago, Manolo, Quico y Francisco; la familia de Sanín: Tomás, Pepe, Manolo, Antonio y Joaquín; la familia de Benito la Genoveva: Toño, Tomás y Víctor. En el barrio de Río la familia de Casajo: Pepe, Alberto Emilio, Tomás y Eliseo; la familia de Balbino: Tomás, Santiago, Quico y Antonio; la familia del Sastre: Tomás, Alejandro,

Ernesto y Conce; la familia de Garelo: Pepe, Antonio, Benito y Tomás; la familia de Francisquillo: Paco, Santiago y Tomás; además de otras familias del municipio que sería largo de enumerar.

Del señor Antonino de Abelardo y sus hijos (del barrio de

Vega), por ser vecinos míos y criarme junto a ellos, he querido hacerles esta mención por el cariño que les profeso y me han profesado.

De esta familia tan numerosa de ocho hijos, que también tuvieron la desgracia de perder a Tomás (el séptimo, en ese negro pozo dejando viuda y un hijo e hija), tengo asimismo varios y nítidos recuerdos (siendo muy niño) de cuando venían a las cinco de la tarde el señor Antonino y sus tres vástagos: Vito, Paco y Pepe (también fueron Edelmiro y Antolín, pero por poco tiempo) subiendo la cuesta del Callejón a descansar del duro trabajo en invierno, teñidos los cuatro de ese negro polvo del grisú con el candil, la mascarilla de esponja y otros *achiperres* colgando de sus fatigados cuerpos. La Jornada en primavera, verano u otoño era aun más agotadora ya que tenían que volver a



Antonina, la madre de Vito, Edelmiro, Antolín, Paco, Pepe, Tino, Tomás y Elsa.

otro tajo con la guadaña a segar hierba o con la hoz a segar los cereales o con el arado a labrar las huertas y tierras u otras muchas tareas mientras los *chavallines* (Tomás, Elsitá, César, Pepe y conmigo alguno de mis hermanos, Ángel y Pedro) jugábamos a ser conductores de los camiones de los mineros (de Balín y don Avelino que subían cargados con ellos por el pueblo a las cinco de la tarde tocando el claxon), a la peonza, las canicas, las tres en raya y tantos otros juegos hasta esa hora que, después, había que sacar las vacas a pastar a Ciruñales, los Entralgos, la Canalina, Canareza o Valdiquiso; además de los Campos y la Veigausana, Llamalaseve o los Avidulares para luego jugar al fútbol o lo que surgiera.

Vito, por ser el primogénito de sus hijos, también tuvo que bregar mucho

(como los demás hermanos que le seguían) ya que, además de otras cuantas labores, siendo un niño de catorce años fue a la mina a ganar 7 pesetas y, al año siguiente, deseoso de cumplir los quince para cobrar más

(pues con esta edad podía entrar al interior del pozo), le pagaron 10,25 que era lo que quería para aportarlo a la unidad familiar que hacía mucha falta para criar al resto de retoños.

A él también le tocó ir andando en *galochas* (calzado de madera cocida de salguero o humera que les hacía su padre para toda la familia). En estos años ya se empezaba a evolucionar y, al cabo de un tiempo iban en bicicleta con botas de goma que las compraban en la calle Escobar de Bembibre. Ésta ha sido una familia muy querida en el pueblo.

Por todo ello mi homenaje a todos los vecinos que perdieron la vida ya fuera por el desprendimiento de un costero, la inhalación de gases, la silicosis u otras causa derivadas dejando mujeres viudas, hijos huérfanos y padres destrozados, y todos ellos rotos de dolor por sufrir su pérdida. ¡Descansen en paz!

Cuando el amor no se elige

María Cruz Álvarez Durández

QUINTANA DE FUSEROS
Abogada

A las mujeres que fueron capaces de amar, sin poder elegir



Mari Cruz Álvarez Durández

Era un día de mediados de septiembre. Las tardes de septiembre no engañan, por eso no necesitan refrán, como las tardes de agosto, que se debió inventar que “*pasan en un soplo*” para que nadie se engatase con su calor de verano. En septiembre, las frías mañanas, que sostenían el rocío hasta mediodía, ya mostraban a las claras las horas de sol trasquiladas.

Desde que tenían uso de razón, los habitantes de Urdiales llevaban anclado a su cerebro el recuerdo de los largos meses de paisaje blanco y helado, incommunicados del resto del mundo, y esa

memoria regía sus quehaceres desde septiembre hasta la primera nevada, que ya traería consigo la quietud obligada, la incertidumbre de cuánto duraría el invierno, de si habría leña suficiente, o de si alcanzarían las provisiones.

Llevaban un día preparando el viaje. Los burros estaban descansados y bien alimentados para que las llevaran, pero sobre todo para que las subieran de vuelta desde Quintana por los reventones de aquellas montañas, cargados con las viandas para el crudo invierno. Habían limpiado los serones, a los que habían atado dos cestos de *brimbia*, en los que pondrían los paquetes de sal, azúcar, arroz y pimentón, sobre los rollos de hilo de bramante, dejando los serones para las botellas de aceite, las bacaladas en salazón, alguna caja de sardinas secas, y, si les alcanzaba el dinero, el lujo de una pandereta de chicharros en escabeche.

Prepararon sus bocadillos de pan moreno, con tocino y pimientos, una calabaza de agua, colgada en cada uno de los ronzales de los burros, y dejaron



Ermita de Urdiales. Foto Cuenya

también preparadas sus mejores ropas sobre la cama.

El pueblo de Quintana estaba a unas seis horas de viaje, por lo que a las cinco de la mañana estaban sujetando los serones, con la barriguera, a cada burro, y empezaron a andar el camino ancho y fácil, todavía a la luz de la luna.

Era el pueblo más grande que conocían. Tenía una tienda con tantos productos que ensoñaban poder vivir sólo con lo que había allí a la venta, sin tener que cultivar la tierra, ni criar animales.

En la misma tienda había una cantina, donde los hombres, después de varios vinos, soltaban la mente y la lengua, fantaseando con placeres de la vida, olvidando por un rato la dura jornada que se iba a repetir al día siguiente. Mientras, sus mujeres esperaban en casa, haciéndose fuertes a base de resignación, ansiando que no llegaran borrachos.

El amanecer les mostró un día claro, sin asomo de lluvia; el viejo Bernardo nunca se equivocaba cuando había que emprender viaje.

Abandonaron el valle de Urdiales, bordearon el alto de Jafra, y alcanzaron los montes de Quintana, vislumbrando en aquel horizonte su sueño: el día en que saldrían de su pueblo perdido para no volver más: vivirían en un pueblo con tiendas donde poder comprar todos los días, mejor aún, serían las dueñas de una tienda, y tendrían a su alcance todo lo que ahora era inalcanzable.

Llegaron a la plaza de Quintana pasada la una de la tarde, después de quitarse el polvo y comer su bocadillo, a la sombra del lavadero del canalón.

A la tienda se entraba subiendo tres escalones; la cantina estaba a la derecha a continuación de la puerta y, al fondo, hacia la izquierda, en un ángulo de noventa grados, se extendía el mostrador de la tienda, y detrás, asomaban las altas estanterías de madera repletas de artículos, colocados sin ningún orden. En la cantina, cuatro hombres de más edad jugaban a las cartas en una mesa, y los más jóvenes estaban apostados a lo largo de la barra, mirando sus vasos de vino.

Entraron y fueron directas al mostrador de la tienda, anhelando el día que pudieran comprar sus antojos:

había telas de alegres colores, lazos, puntillas, zapatos de lona, medias, madreñas grabadas, albarcas, sombreros de paja con cintas verdes y amarillas... Disfrutaron unos instantes de aquel mosaico de objetos variopintos, y empezaron a pedir su mandado.

Los hombres, acodados en la barra, apuraron el vaso y se fueron girando a observarlas con desvergüenza. Envalentonados por el vino y la camaradería comenzaron a dirigirse a ellas, primero en tono amable, y luego más ofensivo, a medida que percibían la debilidad de las dos mujeres:

- Hombre, mira qué mujeres más guapas han llegado hoy al pueblo
- ¿De dónde venís?
- Yo creo que una es de Urdiales, estuvo trabajando aquí un verano.
- ¿Cómo os habéis arreglado tanto para ir en burro?
- Algo más vendrán buscando...

Ante el tono que estaba tomando la situación, Demelsa y María apresuraron las compras, y salieron a colocarlas en los cestos y serones, en varios ir y venir, por delante de los hombres de la barra, que las seguían con miradas embrutecidas y risas lascivas.

Subieron a los burros y salieron avergonzadas, pueblo arriba, a toda prisa. Cuando llegaron a la fuente de Perales, se bajaron a llenar las calabazas de agua fresca para iniciar el ascenso hacia Uceo.

Los cobardes de la barra, venidos arriba en camada, ante dos mujeres de aldea, solas, pidieron otra ronda, la bebieron de un trago, y salieron a la plaza a seguir mofándose de las pobres urdialesas, que no habían podido plantarles cara. No hicieron falta muchas palabras, ni convenios, cuando -una vez agotada la diversión de las burlas- el más miserable, buscando el reconocimiento de los cabecillas, soltó: “*vamos a mozas*”. Entonces, todos eligieron continuar con la crueldad antes de ser objeto de guasa.

Comenzaron el camino cinco hombres, y llegando a Perales, al grito de “*a mozas*”, uno más, que estaba regando y acababa de ver pasar a las dos mujeres en sus burros, dejó la *batedera*, se colgó las abarcas al hombro y se unió a la manada.

Ya en el repecho de Requeixo, Demelsa y María, más tranquilas y con el sol penetrante a sus espaldas, decidieron apearse de los cargados burros para subir el apretón, sin que los animales se agotaran. Cuando estaban en la última curva del repecho, oyeron risas y voces. Subieron aprisa a los burros e intentaron echar a galope, pero los burros, *afaronados* con el calor de las tres de la tarde y la subida, tardaron en cambiar la marcha.

Ya era demasiado tarde, los mozos habían echado a correr; tres agarraron



Urdiales. Foto Cuenya

a Demelsa tirándola del burro. María, que estaba un poco más adelantada, pensó durante unos segundos en ayudar a Demelsa, pero el momento de duda bastó para que los otros tres la alcanzaran.

Suplicaron, desollaron su piel contra las vivas piedras del camino intentando soltarse de los fornidos mozos, y gritaron con todas sus fuerzas, pero sólo respondieron a sus gritos los chillidos de las águilas, que volaban libres en la cumbre de La Silva.

No supieron cuánto tiempo duró aquel tormento, poco importaba ya, sabían que el reloj de sus vidas se había detenido para siempre. Cuando los hombres desaparecieron, Demelsa y María se levantaron con el cuerpo roto y el alma ausente. Se abrazaron y lloraron, no dijeron ni una sola palabra, ni allí ni en las más de cuatro horas que duró su *via crucis* hasta Urdiales.

Solo se permitieron unos minutos de duelo –aún quedaba mucho camino–,

y tenían que llegar antes de que fuera noche cerrada, o serían presa fácil para los lobos en aquel penoso estado. Durante el largo camino, en silencio, solo roto por sus sollozos, en sus mentes, había un único pensamiento: su vida había terminado. En sus corazones desgarrados ni siquiera queda-

ba aliento para maldecir a los bestias que las habían forzado. Porque más cruel aún que ese monstruoso daño era la vida que les esperaba. Ya no conocerían un marido, ni formarían nunca una familia, ni disfrutarían de hijos o nietos, ni tendrían una tienda. Su vida sería una sucesión de días iguales, envejeciendo sin poder salir de aquel pueblo perdido, señaladas para siempre como leprosas.

Antes de alcanzar el pueblo era de noche. Habían salido a su encuentro con antorchas. Cuando se acercaron a ellas y vieron sus ropas rotas, sus brazos y piernas ensangrentados, no hizo falta explicación. Sólo una pregunta: “¿quiénes han sido?”.

Al día siguiente, sus padres, que no sabían leer ni escribir, llevando como único abogado el coraje que da la infamia y el dolor profundo, con cuatro nombres seguros y dos dudosos, bajaron al puesto de la Guardia Civil de Igüeña.



Igüeña. Foto Cuenya

La pareja de la Guardia Civil, repantigada en sus sillas, con el reluciente tricornio encajado, observaba compadecida a aquellos humildes pueblerinos, y escuchaba escéptica, dando por seguro que aquello sólo serviría para que toda la comarca señalara a sus hijas, y los culpables fanfarronearan en sus borracheras. Y así fue. Acudieron los agentes de la benemérita a Quintana, donde se encontraron con algunos allegados de los denunciados –hombres de peso en el pueblo y contorna–, y con la versión de los protegidos, que aseguraban que “ellas habían consentido”. Y, faltando a su condición de beneméritos, dieron por concluida la indagación el mismo día que la habían iniciado.

Tres meses después, cuando ya Urdiales estaba sumido en un manto blanco infranqueable, Demelsa supo que estaba embarazada. En el mismo

instante comprendió que ese niño nacería porque no tenía elección. Y más tarde sabría también que amaría a ese niño, porque él tampoco había tenido elección.

Durante el largo invierno, al calor del fuego y de los amorosos cuidados de su madre

y las otras mujeres del pueblo, Demelsa fue asumiendo que el amor no siempre se puede elegir. Ese niño fue lo único que la sacó del ostracismo a que estaba condenada. Dedicó su vida a cuidarlo, sin pensar en otra cosa, que no fuera darle una buena vida: “él no tenía culpa”, se repetía. Trabajaría duro para darle lo que a ella le había sido negado: poder salir de aquel pueblo. Pero, sobre todo, le daría ese amor incondicional que domestica los instintos.

En cuanto el hijo alcanzó a preguntar por su padre, supo de su origen –era un secreto a voces–, y con el paso de los años fue comprendiendo la inmensidad del amor, que su madre no había podido elegir.

Cuentan algunos que Demelsa pasó unos cuantos años detrás del mostrador de una tienda –sin cantina–, regentada por su hijo, en una gran villa.

La palabra poética en el útero de Gistredo

Manuel Cuenya



A veces se dan los milagros. Y en el encuentro literario del pasado mes de agosto se hizo la luz, la luz poética y narrativa en el útero de Gistredo, donde los urogallos entonan canciones susurrantes y los osos se asoman al balcón de las ilusiones. O algo tal que así.

Una vez más, esparamos que continúe, volvimos a reunirnos al amor de la palabra, gracias a cuatro poetas y narradoras y un músico que también amenizó el acto con sus notas y el recuerdo del entrañable amigo escritor Fermín López Costero, al que a buen seguro le hubiera gustado estar presente, y también con la alusión a *Mortal y rosa* de Umbral, que es una obra sobrecogedora. Gracias José Luengo por

tu presencia y tu actuación. Y mi gratitud por supuesto para ti, Noe Alfonso, que nos deleitaste con tu prosa ágil y tus aromas góticos, y para ti, Elvi Martínez Roperero, profesora, poeta y egiptóloga, que nos emocionaste con tus *Luciérnagas en el desierto*, con tu dulzura y sensibilidad.

Me alegra, gran amiga Raquel Villanueva, que nos hayas obsequiado con uno de tus relatos eróticos. Gracias por tu valentía. Y también mi agradecimiento por supuesto para ti, Conchi González, poeta y narradora de La Bañeza, que nos ofreciste tu lírica sazonada con tu amor por la tierra y tu canto a las mujeres.

Encantado con vuestro estar y vuestro ser ante un público amable y entregado, como suele ser habitual, con la presencia de gente amiga, que siempre está ahí, como vosotros, Ana y Javi, aunque podría mencionar a casi todo el mundo, que estuvo en el encuentro literario, ya el décimo tercero, como Benjamín, Jesús Madero (gracias por algunas de tus fotos), Fernando, Viky,

José Manuel, Carlos, Cándido, Domingo y Raquel, Doni, Emilio y Marta, Alberto, Chente, Javi (Xava)...Fina, Elsa... Teresa, Manoli...

Y mi agradecimiento asimismo al ayuntamiento, a ti, Carla, por tu ayuda y colaboración. Tan joven y con tanto mundo interior. Una maravilla. Y a ti, Nuria Rubial (creadora de la ruta *EI eco de la montaña* a partir de algunas obras del amigo escritor Julio Llamazares), que finalmente pudiste estar, avisándome también de que vendría Llamazares a tomarse un vino con nosotros. Hablamos por teléfono y Julio llegó como una gran sorpresa a Noceda. Nos tomamos algo y cenamos entre risas, sonrisas y recuerdos. Una velada inolvidable.

Me gustó saludar, a través del móvil de Julio Llamazares, al intrépido Yuma, al que volví a ver recientemente en ese documental bellissimo que es *Elogio de la distancia*.

Con la presencia también de las amigas y hasta alumnas, qué cosas, Laly y Gelines (las *gemelar*), Nieves, Tránsito



y Susan, que hicieron toda una excursión desde la ciudad de León hasta el útero de Gistredo. Con un regreso que al parecer fue puritita aventura. No obstante, antes de que se enrollaran en su aventura, nos dio tiempo a pasarnos por la fiesta.

Cuenta la buena de Gelines que el profesor, “que es tan bueno y responsable, nos llamó a las tres y media o las cuatro de la madrugada para ver si estábamos bien”.

Un encuentro y una velada que quedarán grabadas para siempre en nuestra memoria afectiva.

Camino, también estuviste presente en mi recuerdo. Siempre con cariño.

El próximo encuentro te esperamos, os esperamos. Salud.



Memoria de un pozo

Margarita Álvarez Rodríguez

Profesora y escritora de Omaña.

En la actualidad, vocal de la Casa de León en Madrid.

A un pozo que ha sido esencia de vida



Ahí estás aún, orondo, erguido, sintiendo pasar el tiempo, vigilando los días y noches de una calle solitaria. Has visto pasar por delante el silencio, el bullicio, el trabajo... Has oído el ladrido de un perro, el balido de una oveja, el canto de un gallo. Hasta te ha llegado el olor de la *moñica* de una vaca... Has sentido cerca alegrías y penas. La vida y la muerte.

Abres los ojos al sol de la mañana y acarician tu espalda las *rubianas* de la tarde. Has resistido, impertérrito, al frío, al calor, al viento, al *bastio*... Nadie como tú sabe mejor qué es estar *al bentestate*. Desde tu silencio ves pasar las estaciones. El invierno esconde tu pelo color teja bajo un gorro de lana blanca, pero cuando llega la primavera ese *manzanal* que tienes cerca te coloca

sobre la cabeza una pamelita estampada. En el verano presumes de una espléndida melena de ramas y hojas que caen sobre tu frente y en el otoño te cubres con una boina afrutada.

Distingues los pasos de tu gente y los de las personas desconocidas, pero saludas a todos los que te encuentran a su paso. Eres un símbolo de la relación de vecindad, de la convivencia. Delante de ti ha pasado día a día la vida del pueblo.

Has sido espejo en que se han reflejado las caras de varias generaciones, caras del color del sol y del viento, sobre todo de mujeres, que dejaban deslizar el *caldero* desde la polea, para que tú, generoso, se lo devolvieras lleno de agua. Has sido un símbolo del trabajo de la mujer campesina, que ha acudido a ti para saciar la sed de la familia, para poder cocinar para ella, para lavar el sudor de la fatiga...

Desde que el agua llegó a los grifos del pueblo, tu puerta está cerrada y tu polea silenciosa. Quizá los niños ignoren lo que has significado para sus

abuelos. Saben que eres un pozo, pero nunca se han asomado a tu brocal. No saben que fuiste cavado a mano, que tus paredes están revestidas de piedras, colocadas con arte y con mimo, o que, en un tiempo ya lejano, la vida cotidiana tenía mucho que ver contigo. No saben que no siempre existieron los grifos.

Siento pena al mirarte, porque te vas quedando solo. Otros pozos comunitarios o privados te acompañaban hace décadas, pero el tiempo los ha desmoronado o los ha transformado en otros pozos de formas poco reconocibles traídas desde el sur de España al noroeste leonés. En algunos casos han sido cegados, ¡después del esfuerzo que costó hacerlos!

También las fuentes compartían contigo sus aguas salutíferas y generosas. Fuentes naturales que brotaban con fuerza del suelo en cualquier rincón, que nos sorprendían escondidas entre unas hierbas, o protegidas por unas *urces* o *escobas*, al borde de un camino o en lugares más apartados. Hoy ya no son reconocibles muchos de los lugares en que manaban. Llegó el progreso, y con él el calentamiento global y el cambio climático, y se llevó muchos regalos de la naturaleza. ¿Y hablamos de progreso? Mientras, han surgido otros pozos, tubos plantados en el suelo por dentro de los cuales



Foto: Cuenya

sube el agua sacada con un motor, mientras baja la capa freática. Ganó la utilidad al encanto de la tradición.

Hoy ya no nos ofreces tu agua, pero ahí sigue a unos cuantos metros de profundidad, escondida a la mirada, quizá un poco *nartinosa*. Sigues siendo un milagro en estos tiempos de sequía. Es posible que esperes que alguien tire una piedra para devolvernos el eco, para sentirte vivo y útil. Pero, aunque no nos lleguen ni la imagen ni el sonido, nos conformamos con tu presencia, con tu compañía silenciosa. Manos generosas te han ayudado a resistir ante las asechanzas del destino, a dejarte en herencia.

Has sido fuente de vida... Hoy eres fuente de memoria... Tal vez mañana...

Mañana, si sigues ahí, será otra historia.

Quintana de Fuseros, un pueblo singular

José (Pepe) Álvarez González

QUINTANA DE FUSEROS

Autor del *Diccionario de Leonés en el Alto Boeza y zonas limítrofes*
y de *Tiempos extremos*, Marciano Sonoro, 2016



Situado en las estribaciones de la sierra de Gistredo, recostado sobre una leve pendiente en la ladera occidental del valle que desciende desde Las *Estorcas* con su castro altivo, viejo paladín de vidas lejanas que el tiempo no quiso o no supo borrar, extiende su figura un pueblo de la montaña leonesa conocido como Quintana de Fuseros. Anclado en la cuenca alta del río Boeza, ha sido y aún sigue siendo, sin duda, un pueblo singular. Aunque no fue dotado por la naturaleza de terrenos fértiles para el cultivo, con la excepción de algunos pequeños lugares, fue, en cambio, premiado con pastos y monte en abundancia muy apropiados para el cuidado del ganado y el pastoreo. Pepe, el autor, con el Catoute al fondo

Sus habitantes, laboriosos, consiguieron establecerse y organizarse allí a base de mucho esfuerzo y trabajo, para sacar el sustento a la tierra. Decían los mayores, allá por los años 60 y 70 del pasado siglo, que solo uno de cada

cinco años era bueno “para el fruto”. A pesar de todo, siempre demostraron su orgullo de pertenencia a esos valles con sus riscos y peñas, sus bosques y fuentes, sus prados, sus arroyos y cascadas, pero por arriba de todo siempre sintieron, y así se ha ido transmitiendo a través de las generaciones hasta el presente, un vínculo de unión especial y singular con su *braña*.

Decir “fuentelabraña, el brañín, o la casina”, no es decir cualquier cosa en Quintana de Fuseros. Esos nombres que identifican un amplio territorio con sus fuentes y valles, en lo más alto de la sierra, enmarcan desde antiguo una especie de *totem* mágico, anímico y espiritual, con el que la mayoría de los nativos, ya sean nacidos en el pueblo o en otro lugar, nos hemos sentido identificados. Es la efigie que nos mira desde las penumbras del pasado, son nuestras raíces profundas, nuestra escalera del tiempo conectada a la memoria de un pasado lejano. Es un territorio mágico pleno de enseñanzas en el que se percibe lo más esencial de una for-

ma de vivir ya extinguida, pero que aún sigue latiendo en el presente. El esfuerzo, la disciplina y la perseverancia, junto con el trabajo duro, eran y siguen siendo las sendas a transitar para lograr cualquier sueño en la vida, ahora también denominado éxito.

La braña con sus *mañías* (vacas), junto con la silueta del Catoute siempre vigilante, erguido a lomos de su sierra, que también forma parte de ese entorno mágico, ha sido escuela y *alma mater* de los habitantes de Quintana durante siglos. Subir a dormir en la *casina* era la mayor gloria y el mejor regalo que se le podía ofrecer a un niño del pueblo hasta los años 50 y 60 del pasado siglo. Actualmente, lejos ya de arrancar *urces* o preparar carros de carbón vegetal, la magia de sus valles, el extenso *piornal* con sus fuentes y camperas, o ver amanecer sobre Espina de Tremor y las Omañas, es algo que cautiva a cualquiera que se atreva a disfrutar de las vistas de sus valles, de sus colores, de sus olores y de sus silencios.

Los orígenes del pueblo no están claros, aunque sabemos que la cultura



Vista de Quintana de Fuseros. Foto Pepe Álvarez
castreña estuvo bien asentada en el valle, con varios castros habitados. Las cabezas trofeo, probablemente, son mensajeros que vienen de aquella cultura, aunque nada se sabe con certeza. *La quintana* era el nombre asignado a la calle que separaba las tiendas de los legionarios, en los campamentos romanos. Es posible que durante algún tiempo hubiera un destacamento de soldados en el lugar, tras la conquista, y el nombre de esa calle permaneciera como topónimo de una explanada donde siglos más tarde nacería el pueblo, situado en lo que ahora se conoce como Era de Peña (barrio de arriba).

Tres hechos que aportan verosimilitud a esta tesis son:

- La existencia de una villa situada al sur del campamento, en lo que ahora son los barrios de medio-villa y *fonde-villa*. Las villas eran haciendas donde residían altos funcionarios del imperio.

- La existencia de un reguero o canal artificial que aprovisionaba de agua limpia a los soldados y a la villa. Esta presa o reguero sigue aportando agua hoy día.

- El paso por el lugar de la *Via Nova* desde Astorga (*Asturica Augusta*) a *Interanium Flavium*, y *Bergidum*, como atestiguan los miliarios de San Justo, Cabanillas y Quintana de Fuseros.

Tiene sentido pensar que con las invasiones bárbaras del siglo V primero, y la musulmana del siglo VIII después, las gentes de entonces buscaran refugio en los valles más apartados, tratando de pasar desapercibidos o al menos evitar las primeras embestidas.

En la Edad Media, una vez conseguida cierta seguridad, tras alejar a los musulmanes hacia el sur, comenzaron a salir de sus refugios y a extenderse por lugares deshabitados que antes eran peligrosos. Es entonces cuando surge el asentamiento en Quintana, que luego complementaría el nombre con el de *Fuseiros*, seguido del traslado paulatino de los habitantes de este pueblo al nuevo emplazamiento.

La tradición oral nos dice que el pueblo se formó tardíamente con gentes llegadas de *Fuseiros*, situado más arriba en el valle, desaparecido hacia el año 1600 d.c., y del pueblo de las *Ferrirías* (Herrerías) situado al sur en Marciel, desaparecido hacia 1850 d.c., del cual

hay constancia en el Catastro ordenado por el Marqués de la Ensenada en 1753.

La primera mención de la existencia del pueblo en el lugar actual la encontramos en “la historia de los dos carbones” transmitida de forma oral. Cuenta que había dos grupos de población separados por el río. Al oriente estaban los moros, sobre el castro de la Pinilla, en la entrada desde Boeza al lado del paraje conocido como la Moral, y al poniente los Cristianos.

Sin fechas ni datos de la época dice que una joven del pueblo bajó a lavar algo de ropa al río. Mientras lavaba vio con miedo cómo una mujer mora se le acercaba con un niño en brazos. Al llegar a ella le puso unos trapos al lado y le indicó por señas que se los lavara. La joven cristiana, con cierto temor, lavó aquellas ropas del niño y se las devolvió a la joven madre. Esta le dejó caer dos piedrecillas oscuras sobre el regazo como pago por la tarea realizada, se dio la vuelta y se fue. La cristiana sacudió el mandil para quitarse las piedras de encima pensando que eran carbones, terminó de lavar y se apresuró a abandonar el lugar. Al llegar a casa encontró una de las piedras en un pliegue o bolsillo de su ropa, la miró detenidamente junto con más gente y vieron que era una pepita de oro. Corrieron a buscar la otra piedra por la orilla del río, pero ya no la encontraron.

La emigración en el siglo XIX

En el siglo XIX la población comienza a emigrar a diferentes lugares de América, como Cuba, Panamá, Estados Unidos y sobre todo Argentina y Chile. Hubo un trasiego constante de gentes de ida y vuelta hasta los años 30 del siglo XX.

La aparición de las minas dio un vuelco a la situación penosa de gran parte de sus habitantes. “Las minas quitaron el hambre”, decían nuestros padres y abuelos. Hace unos 100 años comenzaron a surgir pequeñas explotaciones por doquier dando oportunidad a hombres y mujeres jóvenes de buscar trabajo y mejorar su calidad de vida. Hubo cambios drásticos en

la forma de vida al tomar parte en el desarrollismo propiciado por el florecimiento de la minería en todo el valle del Sil y zonas aledañas, donde, debido a la falta de vías de comunicación y medios de transporte, se demandaba el uso de los carros de bueyes para arrastrar el carbón desde las minas abiertas en Caballos y Villablino hasta Bembibre del Bierzo, que por entonces era el principal centro ferroviario en la comarca. Hasta allí acudían con sus parejas de bueyes los hombres y mujeres de nuestros pueblos, en busca del preciado



Genciana. Foto: Pepe Álvarez

jornal, al tiempo que intercambiaban “usos y conocimientos” con aquellos lugares, “en cada tierra sou usu, y en cada casa sou fusu”, rezaba el refrán.

Algunas coplas alababan el trabajo conjunto de personas y animales en aquellas tareas, como la que hacía referencia a “la cuesta de la florida”, subiendo desde el pueblo de Santa Marina del Sil al alto de Rodanillo:

*“Ese buey de la dereicha/
lleva la curnal rumpida,/*
*rumpióula de tanto tirar-e/
pur la cuesta la florida”.*

Con la llegada de la II República (1931), se dio un impulso a la industria extractiva del carbón, lo que repercutió en la apertura de minas de mayor tamaño y mejor organizadas que las primeras abiertas en los años 20, conocidas como “calicatas y gateras”. Se abrieron varias minas entre Quintana, Igüeña y Boeza. Esto atrajo a más gente de otros lugares, incrementó la población y con ello un aumento en la actividad política y sindical. Esa época de apertura, desgraciadamente, desembocaría en la gran tragedia, que nunca debió de ocurrir en este país, como fue “el suicidio colectivo” de la guerra civil, en palabras de Miguel de Unamuno.

Durante el conflicto los habitantes de Quintana de Fuseros supieron respetarse unos a otros, sin dejar que la política llegara a envenenar la convivencia, como ocurrió en otros lugares. De eso también se sintieron orgullosos los nativos del pueblo entonces, y nos sentimos sus descendientes.

Durante el verano de 1938, al tiempo que la guerra rugía con furia en las riberas del Ebro, se declaró una epidemia de fiebres tifoideas en Quintana, causando una gran mortandad que diezmo la población del lugar. Sin médicos ni medicinas al alcance, mayores, adultos y jóvenes, hombres, mujeres e infantes sufrieron por igual

el azote de la enfermedad. Se cree que murió un cuarto de la población del lugar. Varios vecinos se unieron para sufragar gastos conjuntamente e ir a buscar un médico a Bembibre. Tras examinar a varios enfermos aquel médico entendió que la enfermedad se transmitía por el agua que consumían.

El agua del reguero, de la que se aprovisionaban cada mañana al amanecer, había sido contaminada por las cuadras y corrales cercanos, extendiendo la enfermedad por todo el pueblo. Aquel hecho marcó profundamente a sus habitantes, dando lugar a que, una vez terminada la contienda, se decidiera realizar una captación de agua en una fuente cercana en la montaña, conocida como fuente del *Brañuelo*, y excavar la zanja correspondiente para llevar agua fresca y limpia hasta el pueblo. Ese hito quedó marcado en las tres fuentes, que desde entonces adornan sus calles con el año de ejecución grabado en el frontal: 1942.

El cura de entonces, Don Manuel, originario de Noceda del Bierzo, que estaba destinado en el pueblo de Quintana, tuvo una participación muy activa en la consecución de las obras. Tres hermanos *Molinero*, Antonio (Tono), Manuel (Lico) y Angel (Angelón), fueron los canteros encargados de tallar las piedras de las fuentes, que hoy lucen esbeltas con orgullo,

una en cada barrio. Los vecinos trabajando en concejo hicieron la zanja, asignada por varas o tramos a cada uno.

Aprovechando aquel esfuerzo de unión y motivación general del pueblo, aquel mismo año decidieron también comprar

un reloj de repetición que marcaba las horas y las medias. El sonido de su campana se oía vibrante a mucha distancia, llenando los campos con su repique, marcando las horas, desde Cabanillas a Boeza o hasta la braña.

El reloj fue el orgullo del pueblo durante muchos años. El precio a aportar por cada vecino para completar las obras del agua y comprar el reloj consistió en un carro de carbón vegetal (*tuérganos de urz*), además de cavar la parte de la zanja asignada. Una coplilla popular daba lustre a aquellos logros:

*“Quintana ya no es Quintana,
Quintana ya es León/
Tiene las tres fuentes/
Y un reloj de repetición”.*

En los años 40 del pasado siglo, después de la devastadora guerra civil, en un país aislado del mundo con unas perspectivas de futuro muy sombrías,



Río Boeza. Foto: Cuenya

colmado de escasez y necesidad, se produjo un cambio profundo en la mentalidad y en la actitud de sus gentes respecto al futuro que esperaba a sus descendientes. Sabían que la tierra no daba todo lo necesario y pronto aprendieron también que en las minas ocurrían muchas desgracias; “la mina solo es buena para el amo”; por lo que comenzaron a buscar salidas y soluciones al negro futuro que se les ofrecía a las nuevas generaciones en otros lugares lejos del pueblo.

A pesar de los años del hambre, el racionamiento y el estraperlo, algunas familias comenzaron a enviar a sus hijos e hijas a estudiar en conventos y en colegios de frailes y monjas, en busca de nuevos horizontes. Este movimiento se vio impulsado por la llegada de un nuevo maestro al pueblo, Don Alipio,

que, junto con su mujer Doña Amable, se implicaron en elevar el nivel de conocimientos y aptitudes de los niños y niñas asistentes a la escuela, para que las familias que se lo pudieran permitir los enviaran a estudiar fuera, en colegios e internados. Esta tendencia se mantuvo de forma creciente hasta la llegada de la democracia y hasta el presente. En los años 90 se decía que Quintana de Fuseros era el pueblo con más catedráticos por habitante de toda la Comunidad Autónoma de Castilla y León.

En los años 70 llegaron, por fin, los símbolos de la civilización: el saneamiento, el arreglo (pavimento) de las calles, la carretera, el alumbrado público, entre otras obras, pero el Bierzo ya había entrado en la curva descendente de la despoblación a causa del declive

lento pero continuado de la minería. Nadie supo anticiparlo y los pueblos acabarían por vaciarse; Quintana de Fuseros no ha sido ninguna excepción.

Actualmente la despoblación es la gran losa que abate la vida en los pueblos, sin que por el momento se vean alternativas reales para asentar población, que transmitan seguridad, más allá de algunas actuaciones con resultados menores.

Conservar y mantener el entorno, darle utilidad sin destruirlo, una legislación coherente que no penalice la vida rural, así como proveer servicios y asesoramiento desde las administraciones, para poder desarrollar actividades que atraigan conocimiento e inversión, deben ser una prioridad para el mantenimiento y supervivencia de nuestros pueblos.



Néstor D. Reyna Rondón

Autor argentino residente en el Bierzo.

Décimas para El Bierzo

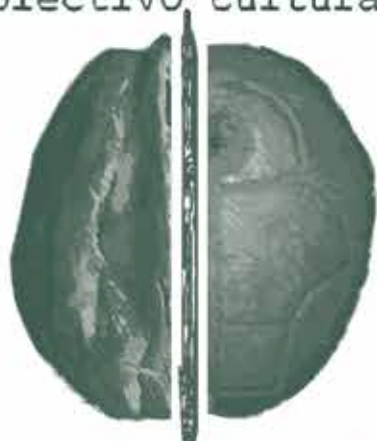
Desde el Monte Pajariel
Mi vista recorre un vuelo.
Imponente bajo el cielo
El Bierzo todo es vergel.
El río Sil, cual un corcel
Con su Indómito caudal,
Le da un abrazo fluvial
Al legendario Boeza,
En un gesto de grandeza
Será el Miño su final.
Las viñas con arrogancia
Van madurando el Mencía,
En tierra que siento mía
A pesar de la distancia, Peregrino sin jactancia
Con gran devoción y halago,
Al encuentro con Santiago
Cruzando el Pons Ferrata,
Es Osmundo quién desata
Su ejemplo que ha legado.



Desde el Pajariel

Erguida y monumental
Como custodia del río,
Bajo el crisol del estío
La Fortaleza Medieval.
Templarios y Santo Grial
Espadas con fe y sin gloria,
Perduran en la memoria
Por el misterio que guarda.
La sombra, Guido de Garda
Es guardiana de su historia.

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.nocedadelbierzo.com



**AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO**